

me pongo de nuevo a escribirle por el correo ordinario, que saldrá al mediodía. Usted conoce a las pobres señoras de Saint-Denis; están muy abandonadas desde la llegada de las grandes señoras de la Trinité-du-Mont; sin ser enemigo de éstas, me he puesto de parte de la señora de Ch... de parte del débil. Hace un mes que las señoras de Saint-Denis deseaban celebrar una fiesta para obsequiar al señor *embajador* y a la señora embajadora, fiesta que tuvo lugar ayer. Figúrese un teatro arreglado en una especie de sacristía, que tenía una tribuna sobre la iglesia, y por actores a una docena de niñas de once a catorce años, que representaron *Los Macabeos*. Ellas mismas habían confeccionado sus cascotes y sus mantos, y declamaban los versos franceses con un tono y un acento italiano lo más extraño del mundo, golpeando el suelo con el pie en los pasajes enérgicos. Entre ellas había una sobrina de Pío VII, una hija de Torwaldsen y otra del pintor Chauvin. Las niñas estaban lindísimas con sus adornos de papel. La que representaba al gran sacerdote llevaba una barba negra que le gustaba, pero que le picaba, lo cual le obligaba a arreglarla a cada instante con su blanca manecita de trece años. Todos los espectadores se reducían a nosotros, algunas madres, las religiosas, la señora Salvage, dos o tres clérigos y unas veinte pensionistas vestidas de blanco, con velo. Yo hice que llevaran el fresco de la embajada. En los entreactos se tocaba el piano. Juzgue las esperanzas y las alegrías que han debido preceder a esta fiesta en el convento, y los recuerdos que dejará. Terminó por el *Vivat in æternum*, cantado por tres religiosas en la iglesia.»

*A la misma.*

«Roma, 15 de enero de 1829.

»Otra vez le escribo. Esta noche hemos tenido viento y lluvia, como en Francia: me figuraba que agitaban su ventana, y me creía transportado a su cámara. En ella veía su arpa, su piano, sus pájaros. Usted tocaba su aire favorito o el de Shakespeare. ¡Y, sin embargo, estaba en Roma, lejos de usted! ¡Cuatrocientas leguas, y los Alpes por medio, nos separaban!

»He recibido una carta de aquella dama de talento que fué algunas veces a

verme al ministerio. Juzgue de la manera con que me hace la corte esta turca rabiosa. Indudablemente Mahmud es un gran hombre, que ha adelantado a su nación.

»Esta Roma, en medio de la cual estoy, debería enseñarme a despreciar la política. Aquí han sucumbido lo mismo la libertad que la tiranía: he visto confundidas las ruinas de la república romana y del imperio de Tiberio. ¿Qué es hoy todo esto más que un mismo polvo? El capuchino que al andar barre con su hábito este polvo, ¿no parece hacer más perceptible aún la vanidad de tantas vanidades? No obstante, yo pienso, a mi pesar, en los destinos de mi pobre patria. Quería darle la religión, la gloria y la libertad, sin pensar en mi impotencia para ceñirle esta triple corona.»

*A la misma.*

«Roma, jueves 5 de febrero de 1829.

»*Torre Vergata* es un asilo de monjes, situado a una legua casi del *sepulcro de Nerón*, a la izquierda, como se viene de Roma, en el sitio más hermoso y más solitario de las cercanías: en este sitio hay una gran cantidad de minas a flor de tierra, aunque cubiertas de hierbas y de cardos. Al dejar de escribir a usted, el martes, comencé allí una excavación en compañía de Jacinto y de Visconti, que la dirigen. Una docena de hombres, armados de palas y azadones, desenterrando sepulcros y escombros de casas y de palacios en medio de la más profunda soledad, ofrecen un espectáculo digno de usted. Yo no hacía más que un voto: el de que se hallase usted allí. Consentiría de buena gana en vivir con usted, bajo una tienda de campaña, en medio de estas ruinas.

»Yo mismo puse manos a la obra, y he descubierto fragmentos de mármol: los indicios son excelentes, y espero encontrar algún objeto que me indemnice del dinero que he perdido en esta lotería de los muertos. Ya tengo un trozo de mármol griego bastante grande para hacer el busto del Poussin. Esta excavación será el término de mis paseos; todos los días voy a sentarme en medio de estas ruinas. ¿A qué siglo y a qué hombres pertenecen? Tal vez removemos el polvo más ilustre sin saberlo. Una inscripción vendrá quizá a ilustrar algún hecho histórico, a destruir algún error, a estable-

cer alguna verdad. Y luego, cuando yo parta con mis doce aldeanos medio desnudos, todo volverá al silencio y al olvido. ¿Representan estas ruinas todas las pasiones, todos los intereses que se agitaban en otros tiempos en estos lugares abandonados? Allí habría amos y esclavos, felices y desgraciados, bellas personas a quienes se amaba, y ambiciosos que querían ser ministros. Todavía quedan allí algunos pájaros y yo; pero por muy poco tiempo, porque bien pronto emprenderemos nuestro vuelo. Dígame, ¿cree usted que esto vale la pena de ser uno de los miembros del consejo de un reyzeulo de las Galias, yo, bárbaro de la Armórica, viajero entre los salvajes de un mundo que los romanos desconocían, y embajador cerca de los sacerdotes, a quienes se arrojaba a los leones? Cuando llamé a Leónidas en la Laedemonia, no me respondió: el rumor de mis pasos en *Torre Vergata* no habrá tampoco despertado a nadie. Y cuando, a mi vez, me encuentre yo en el sepulcro, no oíré siquiera el sonido de la voz de usted. Es necesario, pues, que me apresure a acercarme a usted y a poner fin a todas estas quimeras de la vida de los hombres. No hay en ella de bueno más que el retiro, ni de verdad más que un afecto como el de usted.»

*A la misma.*

«Roma, 7 de febrero de 1829.

»He recibido una larga carta del general Guillemot, en la que me hace una lamentable relación de lo que ha sufrido en sus correrías por las costas de Grecia; y, sin embargo, Guillemot era embajador, y tenía grandes buques y un ejército a sus órdenes. Ir, después de marcharse nuestros soldados, a un país a donde no queda ni una casa, ni un campo sembrado, entre algunos hombres errantes y obligados por la miseria a hacerse salteadores, sólo es un proyecto posible para una mujer, para la señora Le normant.

»Yo iré hoy por la mañana a una excavación: ayer encontramos en ella el esqueleto de un soldado godo y el brazo de una estatua de mujer. Esto era encontrar al destructor con la ruina que había causado: así es que tenemos bastante esperanza de hallar hoy el cuerpo de la estatua. Si los restos de arquitectura que descubro tienen algún mérito,

no los derribaré para venderlos en trozos, como se hace por regla general, sino que los dejaré en pie, y llevarán mi nombre. Son del tiempo de Domiciano. Hemos encontrado una inscripción que nos lo indica. Es la mejor época de las artes romanas.»

DESPACHOS AL CONDE DE PORTALIS. — CARTAS A LA SEÑORA DE RECAMIER. — CONTINUACIÓN DE LA EMBAJADA EN ROMA.

*Muerte de León XII.*

«Roma, lunes 9 de febrero de 1829.

»Señor conde: Su Santidad ha sido atacado súbitamente del mal habitual que padece, y su vida se halla en el mayor peligro. Se ha dado orden de cerrar todos los espectáculos. En este momento salgo de casa del cardenal secretario de Estado, que también se encuentra enfermo, y que desespera de la vida del papa. La pérdida de este soberano pontífice, tan sabio y tan moderado, sería, en los momentos actuales, una verdadera desgracia para la cristiandad, y particularmente para Francia. He creído, señor conde, que interesaría mucho al gobierno del rey estar advertido de este acontecimiento probable, a fin de que pueda tomar las medidas que juzgue oportunas. En su consecuencia, he despachado para Lyon un correo a la ligera. Este correo lleva una carta, que envió al señor prefecto del Ródano, con un despacho telegráfico que transmitirá a usted, y otra carta, que le ruego le mande por la estafeta. Si tenemos la desgracia de perder a Su Santidad, un nuevo correo llevará a usted hasta París todos los detalles de este suceso.

»Tengo el honor, etc.»

«A las ocho de la noche.

»La congregación de cardenales, ya reunida, ha prohibido al cardenal secretario de Estado dar permisos para correr la posta. El correo que había dispuesto enviarle no podrá, por lo tanto, salir hasta después de la partida del correo del Sacro Colegio, en el caso de que ocurra la muerte del papa. He intentado enviar un hombre con mis despachos a la frontera de la Toscana; pero el mal estado de los caminos y la falta de caballos de alquiler han hecho imposible este inten-

to. Forzado a esperar en Roma, que se ha convertido en una especie de prisión murada, confío en que, por medio del telégrafo, recibirá usted al menos la noticia antes que sea conocida de los demás gobiernos del otro lado de los Alpes. También podría suceder que el correo enviado al nuncio, y que, seguramente habrá partido antes que el mío, diera a usted el mismo la noticia por el telégrafo, a su paso por Lyon.»

«Martes 10 de febrero, a las nueve de la mañana.

»El papa acaba de expirar. En este momento despacho el correo. Dentro de algunas horas le seguirá el conde de Montebello, agregado a esta embajada.»

«Roma, 10 de febrero de 1829.

«Señor conde: Hace cerca de dos horas que he despachado a Lyon un correo extraordinario a la ligera que le llevará la imprevista y deplorable noticia de la muerte de Su Santidad. Ahora hago partir al conde de Montebello, agregado a esta embajada, para que transmita a usted algunos detalles necesarios.

»El papa ha muerto de resultas de un ataque de la afección hemorroidal que padecía. La sangre, agolpada a la vejiga, produjo una retención que se intentó aliviar por medio de una sonda. Se cree que Su Santidad ha sido herido en la operación. Como quiera que sea, después de cuatro días de sufrimientos, León XII ha expirado esta mañana a las nueve, al llegar yo al Vaticano, donde un individuo de la embajada había pasado la noche. La carta que he dirigido a usted por mi primer correo le informará, señor conde, de la inutilidad de mis esfuerzos para obtener permisos de posta antes de la muerte del papa.

»Ayer volví a casa del cardenal secretario de Estado, que sufre aún mucho de un violento ataque de gota, celebrando con él una larga conferencia sobre las consecuencias de la desgracia de que nos hallábamos amenazados. Yo deploro la pérdida de un príncipe, cuya moderación de sentimientos, y cuyo conocimiento de la situación de Europa, eran tan útiles al reposo de la cristiandad. «Esta pérdida — me respondió el secretario de Estado — será, no sólo una gran desgracia para Francia, sino también una desgracia para los Estados Romanos, mayor de lo que usted se figura. El descontento y

la miseria son grandes en nuestras provincias, y, por poco que los cardenales consideren su deber separarse del sistema de León XII, difícilmente saldrán adelante. Por lo que a mí hace, mis funciones terminan con la muerte del papa, y no tengo nada de que arrepentirme.»

»Esta mañana he vuelto ver al cardenal Bernetti, quien, en efecto, ha cesado en sus funciones de secretario de Estado, hablándome en el mismo sentido que el día antes. Hemos convenido en hablar sobre la elección de un soberano pontífice que pudiera continuar el sistema de moderación de León XII. Tendré el honor de transmitirle todos los informes que reciba.

»Yo debo sentir doblemente la muerte del papa. Había tenido la suerte de merecer su confianza, las prevenciones que contra mí tenía antes de mi llegada se habían desvanecido completamente en su ánimo, y me dispensaba el honor de manifestarme públicamente su estimación en todas las ocasiones.

»Ahora, señor conde, permítame entrar en la explicación de algunos hechos.

»Yo era ministro de Estado cuando murió Pío VII. En el archivo reservado del ministerio encontrará usted mi correspondencia con el duque de Laval, si cree usted conveniente enterarse de ella. A la muerte de un papa es costumbre enviar un embajador extraordinario, o acreditar al embajador residente con nuevas credenciales cerca del Sacro Colegio. Este último partido fué el que yo propuse seguir al difunto Luis XVIII. El rey, no obstante, dispondrá lo que crea más conveniente a su servicio. Para la elección de León XII vinieron a Roma cuatro cardenales franceses. Francia tiene hoy cinco cardenales, número de votos que no es de desdeñar, por cierto, en el cónclave. Espero, señor conde, las órdenes del monarca. El señor de Montebello, encargado de entregarle este despacho, quedará a su disposición.

»Tengo el honor, etc.»

A la señora Recamier.

«Roma, 10 de febrero de 1829, a las once de la noche.

»Deseaba escribirle una larga carta; pero el despacho que me he visto obligado a escribir de mi puño y la fatiga de estos días me tienen rendido.

»Siento mucho la muerte del papa. Yo logré obtener su confianza. Véame aquí

encargado de una gran misión. Me es imposible saber cuál será su resultado, y la influencia que ejercerá en mi suerte.

»Los cónclaves duran, por lo regular, dos meses, y hasta Pascua, seguramente, no quedaré libre. Muy pronto le hablaré extensamente de todo esto.

»Imagínese que el jueves último, antes de caer enfermo, se encontró al pobre papa escribiendo su epitafio. Intentaron apartarle de tan tristes ideas. «Es en vano — dijo —, dentro de pocos días todo habrá terminado para mí.»

A la misma.

«Roma, jueves 12 de febrero de 1829.

»Leo sus periódicos, y frecuentemente me causan mucha pena. Veo, en el *Globo*, que el conde de Portalis es, según este diario, mi enemigo declarado. ¿Por qué? ¿Cree, acaso, que aspiro a su plaza? Se toma una pena inútil, porque ni siquiera pienso en él. Le deseo toda la prosperidad posible; pero, sin embargo, si es verdad que desea la guerra, me hallará dispuesto a ella. Me parece que no hace más que disparates, sobre todo con el *inmortal Mahmud* y en la evacuación de la Morea.

»Todas las probabilidades son de que esta evacuación someterá de nuevo a Grecia bajo el yugo de los turcos, con pérdida, por nuestra parte, del honor y de cincuenta millones. Hay mucha imaginación en Francia, pero falta cabeza y buen sentido: nos seducen unas cuantas frases, y con buenas palabras se hace de nosotros lo que se quiere y, lo que es peor, se nos encuentra siempre dispuestos a denigrar a nuestros amigos y a ensalzar a nuestros contrarios. Por lo demás, ¿no es curioso que se haga hablar al monarca en un discurso mi propio lenguaje sobre la *conciliación de las libertades públicas con los derechos del trono*, y se me han hecho tantos cargos por haber empleado ese lenguaje? ¡Y los hombres que hacen hablar de esta manera a la corona, eran los más ardientes partidarios de la censura! Por último, voy a presenciar la elección del jefe de la cristiandad. Este espectáculo será el último de los grandes espectáculos que he presenciado durante mi vida (1): con él terminará mi carrera.

»Ahora que han acabado los placeres

(1) Me engañaba. (Nota de 1837.)

de Roma, comienzan los negocios. Voy a verme precisado por una parte a escribir al rey todo lo que pase, por otra a llenar los deberes de mi nueva posición. Tengo que complimentar al Sacro Colegio y que asistir a los funerales del santo padre, a quien yo profesaba un gran afecto, porque era poco amado; un afecto tanto más grande, cuanto que habiendo tenido encontrar en él un enemigo, he hallado un amigo que, desde lo alto de la silla de San Pedro, ha dado un mentís formal a mis calumniadores *cristianos*. Luego vendrán los cardenales de Francia. He escrito haciendo algunas reclamaciones, al menos sobre el arzobispo de Toulouse.

»En medio de todo, el monumento del Poussin se ejecuta, y la excavación adelantada: he encontrado en ella hermosas cabezas, restos de una mujer vestida y una inscripción fúnebre de un hermano a una hermana, que me ha enternecido.

»A propósito de la inscripción: le he dicho a usted que el pobre papa había hecho la suya la víspera del día en que cayó enfermo, presintiendo que iba a morir muy pronto. Ha dejado una nota en la que recomienda al gobierno romano a su familia indigente. Sólo los que han amado mucho tienen semejantes virtudes.»

Antes de pasar a los asuntos importantes, recordaré algunos hechos.

A la muerte del soberano pontífice, el gobierno de los Estados Romanos recae en manos de los tres jefes de la orden, diácono, sacerdote y obispo, y en las del cardenal camarlingo. Es costumbre que los embajadores vayan a complimentar a la congregación de cardenales, reunidos antes de la apertura del cónclave en San Pedro.

El cadáver de Su Santidad, expuesto desde luego en la capilla Sixtina, fué llevado el viernes último, 13 de febrero, a la capilla del Santísimo Sacramento en San Pedro, donde permaneció hasta el domingo 15. Entonces fué colocado en el monumento que ocupaban las cenizas de Pío VII, bajándose éstas a la bóveda subterránea.

A la señora Recamier.

«Roma, 17 de febrero de 1829.

»He visto expuesto el cuerpo de León XII, con el rostro descubierto, so-

bre un lecho mortuario, en medio de las obras maestras de Miguel Angel, y asistí a la primera ceremonia fúnebre en la iglesia de San Pedro. Algunos comisarios cardenales ancianos, imposibilitados de ver, se aseguraron con sus manos trémulas de que el féretro del papa se hallaba bien clavado. Entre la luz de cirios y la luz de la luna, el féretro fué al fin elevado por una polea y suspendido en las sombras para ser depositado en el sarcófago de Pío VII.

»Acaban de traerme el gatito del papa: es enteramente gris y muy cariñoso, como su antiguo amo.»

## DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS

Roma, 17 de febrero de 1829.

»Señor conde: He tenido el honor de participarle en mi primera carta, dirigida a Lyon con un despacho telegráfico, y en mi comunicación número 15, las dificultades que encontré para la expedición de mis dos correos del 10 de este mes. Esta gente se cree aún en los tiempos de los guelfos y de los gibelinos, como si el conocimiento una hora antes o después de la muerte del papa pudiera hacer entrar un ejército imperial en Italia.

»Las exequias del padre santo terminarán el domingo 22, y el 23 por la noche se reunirá el cónclave, después de haber asistido por la mañana los cardenales a la misa del Espíritu Santo. Ya se están amueblando las celdas del Quirinal.

»Nada le diré a usted, señor conde, de las miras de la corte de Austria, ni de los deseos de los gabinetes de Nápoles, de Madrid y de Turín. El señor duque de Laval, en la correspondencia que sostuvo conmigo en 1823, retrató los cardenales del Sacro Colegio, compuesto hoy casi de los mismos personajes. Puede verse su despacho número 5 y el que le es adjunto, así como los números 34, 55, 70 y 82.

»Hoy la Santa Sede tendría cosas inmensas que hacer: la reunión de las sectas disidentes, el afianzamiento de la sociedad europea, etc. Un pontífice, penetrado del espíritu del siglo, que se colocara a la cabeza de las generaciones ilustradas, podría rejuvenecer el papado; pero estas ideas no pueden penetrar en las viejas cabezas de los cardenales. Llegados al fin natural de la vida, se trans-

miten unos a otros un reinado electivo que expira muy pronto con ellos.

»Estos cardenales habían elegido al cardenal Della Genga (León XII) después de la exclusión del cardenal Severoli, porque creyeron que iba a morir muy pronto; pero habiendo pensado Della Genga en vivir, esto fué bastante para que le detestaran cordialmente por semejante equivocación.

»Para sucederle, entre muchos de los aspirantes se designan particularmente a cuatro: el cardenal Capellari, jefe de la propaganda; el cardenal Pacca, el cardenal De Gregorio y el cardenal Giustiniani.

»El cardenal Capellari es un hombre docto y capaz. Se dice que será rechazado por los cardenales por ser demasiado joven, monje, y extraño a los negocios del mundo. Es austriaco, y pasa por obstinado y ardiente en sus opiniones religiosas. No obstante, él fué quien, consultado por León XII, no vió nada en las ordenanzas del rey que pudiera autorizar la reclamación de nuestros obispos; él fué quien redactó el concordato de la corte de Roma con los Países Bajos; él fué también quien opinó por dar la institución canónica a los obispos de las repúblicas españolas. Esto manifiesta en él un espíritu razonable, conciliador y moderado. Todos estos detalles los sé por el cardenal Bernetti, con quien tuve el viernes 13 una de las conferencias que le comuniqué en mi despacho número 15.

»Conviene mucho al cuerpo diplomático, y sobre todo al embajador de Francia, que el secretario de Estado en Roma sea un hombre de relaciones fáciles y habituado a tratar los negocios de Europa. El cardenal Bernetti es el ministro que nos conviene bajo todos aspectos; se comprometió por nosotros con los *zelanti* y los congregacionistas, y debemos desear que sea vuelto a llamar a los negocios por el papa futuro. Le he preguntado con cuál de los cuatro cardenales tendría más probabilidades de volver al poder, y me ha contestado: «Con Capellari.»

»Los cardenales Pacca y De Gregorio están retratados de una manera fiel en el adjunto al número 5.º de la correspondencia ya citada; pero el cardenal Pacca se encuentra hoy muy debilitado por la edad, y su memoria, como la del cardenal más antiguo, La Somaglia, comienza a faltarle por completo.

»El cardenal De Gregorio sería tam-

bién un buen papa. Aun cuando pertenece a los *zelanti*, no carece de moderación, y rechaza a los jesuitas, que aquí, como en Francia, tienen adversarios y enemigos. Aunque súbdito napolitano, el cardenal De Gregorio es rechazado por la corte napolitana, y aún más por el cardenal Albani, el ejecutor en el cónclave de las justicias de Austria.

»Por último, el cardenal Giustiniani es el cardenal de la nobleza romana; el cardenal Odescalchi, que es su sobrino, obtendrá, probablemente, un número considerable de votos. Pero, por otro lado, es pobre, y tiene parientes pobres; Roma temería las necesidades de esta indigencia.

»El cardenal Della Genga, *zelanti*, ha sido el papa conciliador León XII. Tal vez se levantará en medio de los cuatro competidores un papa en quien nadie piensa en estos momentos. Los cardenales Castiglioni, Benvenuti, Galleffi, Arezzo, Gamberini y hasta el anciano y venerable decano del Sacro Colegio, La Somaglia, no obstante su decrepitud, o más bien a causa de ella, aspiran a la silla pontificia. El último tiene alguna esperanza, porque siendo obispo y príncipe de Ostia, su elección dejaría cinco altos puestos vacantes.

»¿Quiere Francia ejercer el derecho de exclusión, que comparte con Austria y España? Austria lo ha ejercido en el cónclave anterior, contra Severoli, por medio del cardenal Albani. ¿Contra quién querría la monarquía francesa ejercer este derecho? ¿Contra el cardenal Fesch, si por acaso se pensara en él, o contra el cardenal Giustiniani? ¿Merecería éste la pena de dirigir contra él este *veto*, un poco odioso siempre, por cuanto dificulta la independencia de la elección?

»¿A qué cardenal quiere el gobierno del rey confiar el ejercicio de su derecho de exclusión? ¿Pretende que el embajador de Francia aparezca armado con el secreto de su gobierno, y dispuesto a atacar la elección del cónclave si desagrada a Carlos X? En fin, ¿tiene el gobierno alguna elección predilecta? ¿Quiere prestar su apoyo a tal o cual cardenal? Es indudable que si todos los cardenales de familia, es decir, los cardenales españoles, napolitanos y aun piamenteses, quisieran unir sus votos a los de los cardenales franceses, nosotros obtendríamos el triunfo en el cónclave; pero estas reuniones son quimeras, porque los cardenales de las diversas cortes, más

bien que nuestros amigos, son nuestros enemigos.

»Se asegura que el primado de Hungría y el arzobispo de Milán asistirán al cónclave. El embajador de Austria, en Roma, el conde de Lutzw, manifiesta muy buenas disposiciones acerca del carácter conciliador que debe tener el futuro papa. Aguardemos las instrucciones de Viena.

»Por lo demás, yo estoy persuadido de que todos los embajadores de la tierra no influyen actualmente nada en la elección del soberano pontífice, y de que somos enteramente inútiles en Roma. No veo tampoco ningún interés en acelerar o retardar (lo que, por otra parte, no está en el poder de nadie) las operaciones del cónclave. Que los cardenales extraños a Italia asistan o no a él, puede convenir más o menos a la dignidad de sus cortes; pero no tiene el menor interés en el resultado de la elección. Si hubiera algunos millones que distribuir, aun se podría hacer un papa a gusto de una nación: no veo hoy más que este medio; pero no es de uso en Francia.

»En mis instrucciones confidenciales al señor duque de Laval (13 de septiembre de 1823), le decía: «Pedimos que se eleve al trono pontificio un prelado distinguido por su piedad y sus virtudes. Solamente deseamos que sea bastante ilustrado y de un espíritu bastante conciliador para que pueda juzgar razonablemente la posición política de los gobiernos, y no los envuelva en dificultades sin solución, tan funestas para la Iglesia como para el trono. Queremos un miembro del partido italiano *zelanti* moderado, que sea bien recibido por todos los partidos. Lo que le pedimos, en beneficio nuestro, es que no trate de aprovecharse de las divisiones que pueden formarse en nuestro clero para desconcertar nuestros asuntos eclesiásticos.»

»En otra carta confidencial, que escribí con motivo de la enfermedad del nuevo papa Della Genga, el 28 de enero de 1824, decía también al señor duque de Laval: «Lo que nos importa obtener (imponiendo un nuevo cónclave) es que el papa sea, por inclinación, independiente de las demás naciones, que tenga principios de sabiduría y moderación, y que sea amigo de Francia.»

»Como embajador, señor conde, ¿debo hoy seguir el espíritu de estas instrucciones que daba yo como ministro?

»Este despacho contiene todo lo que

hay que decir sobre este asunto. Ya sólo me resta instruir al rey sucintamente de las operaciones del cónclave y de los accidentes que ocurran; no se tratará más que del cómputo de los votos y de la variación de los sufragios.

»Los cardenales favorables a los jesuitas, son: Giustiniani, Odescalchi, Pedicini y Bertazzoli.

»Los cardenales opuestos a los jesuitas por diversos motivos y diferentes circunstancias, son: Zurla, De Gregorio, Bernetti, Capellari y Micara.

»Se cree que de cincuenta y ocho cardenales sólo asistirán al cónclave cuarenta y ocho o cuarenta y nueve. En este caso, treinta y tres o treinta y cuatro votos harían la elección.

»El señor Labrador, ministro de España, hombre reservado y obscuro, a quien yo creo ligero bajo su exterior de gravedad, se encuentra muy embarazado de su posición. Las instrucciones de su corte no han previsto nada: en este sentido ha escrito al encargado de negocios de S. M. C. en Luca.

»Tengo el honor, etc.

»P. D. El cardenal Benvenuti tiene asegurados doce votos, según se dice. Esta elección, si llegara a realizarse, sería muy buena. Benvenuti conoce Europa, y ha mostrado capacidad y moderación en diversos empleos.»

#### CÓNCLAVES. — DESPACHOS AL CONDE DE PORTALIS

Puesto que el cónclave va a abrirse, quiero trazar, a la ligera, la historia de esta gran ley electoral que cuenta ya más de mil ochocientos años de duración. ¿De dónde provienen los papas? ¿Cómo han sido elegidos de siglo en siglo?

Hacia la época de Augusto, en el momento en que la libertad, la igualdad y la república acababan de morir, nació en Belén el tribuno universal de los pueblos, el gran representante sobre la tierra de la igualdad, de la libertad y de la república, el Cristo que, luego de haber plantado la cruz para servir de límite a dos mundos, después de haberse hecho clavar y de morir en ella, símbolo, víctima y redentor de los sufrimientos humanos, transmitió su poder a su primer apóstol. La sociedad, desde Adán hasta Jesucristo, fué la sociedad con esclavos, con la desigualdad de los hombres entre

sí; la sociedad, desde Jesucristo hasta nuestros días, es la sociedad con la igualdad entre los hombres, la igualdad social del hombre y de la mujer, la sociedad sin esclavos, o sin el principio de esclavitud al menos. La historia de la sociedad moderna empieza al pie y por este lado de la cruz.

Pedro, obispo de Roma, inició el papado. Tribunales-dictadores, elegidos sucesivamente por el pueblo, y la mayor parte de las veces escogidos entre las clases más oscuras de él, los papas debieron su poder temporal al régimen democrático, a la nueva sociedad de hermanos que había fundado Jesús de Nazareth, obrero, fabricante de yugos y arados, nacido de una mujer según la carne, y, no obstante, Dios e hijo de Dios, como lo prueban sus obras.

Los papas recibieron la misión de vindicar y mantener los derechos del hombre; jefes de la opinión humana, aun cuando débiles, obtuvieron la fuerza de destronar a los reyes con una palabra y con una idea. El papado, marchando a la cabeza de la civilización, se adelantó hacia el término de la sociedad. Los cristianos de todas las partes del globo obedecieron a un sacerdote cuyo nombre apenas conocían, porque este sacerdote era la personificación de una verdad fundamental. El pueblo se alistó en sus milicias bajo el hábito de un fraile mendicante.

El combate del imperio y del sacerdocio en la Edad Media es la lucha de los dos principios sociales; la lucha del poder y de la libertad. Los papas, al favorecer a los güelfos, se declaraban por los gobiernos de los pueblos; los emperadores, al adoptar a los gibelinos, tendían al gobierno de los nobles: éste era, precisamente, el papel que habían representado en Grecia los atenienses y los espartanos. Así, cuando los papas se declararon en favor de los reyes; cuando se hicieron gibelinos, perdieron su poder, puesto que se apartaron de su principio natural, como por una razón opuesta, y, sin embargo, análoga, los frailes han visto disminuir su autoridad cuando se ha restituido directamente su libertad política a los pueblos, porque éstos no han tenido ya necesidad de ser reemplazados por los frailes, sus representantes.

Esos tronos, declarados vacantes, y conferidos al primer ocupante, en la Edad Media; esos emperadores que iban de rodillas a implorar el perdón de un

pontífice; esos reinos puestos en entredicho; una nación entera privada del culto por una palabra mágica; esos monarcas anatematizados, y abandonados, no sólo de sus vasallos, sino también de sus servidores y de sus más próximos parientes; esos príncipes, de los que se huía como se huía de un leproso, separados de la raza mortal y esperando su separación de la raza eterna; los alimentos que habían gustado, los vestidos que sus manos tocaban, quemados en las llamas como cosas contagiosas; todo eso no era otra cosa que las fuerzas de la soberanía popular delegadas en la religión y ejercidas por ella.

La ley electoral más antigua del mundo es la ley en virtud de la que el poder pontificio ha sido transmitido al sacerdote que lleva hoy la tiara: de este sacerdote, subió de papa en papa hasta los santos inmediatos a Cristo, y encontraréis que el primer anillo de la cadena pontificia es un Dios. Los obispos eran elegidos por la asamblea general de los fieles: desde la época de Tertuliano, el obispo de Roma es llamado el obispo de los obispos. El clero, por formar parte del pueblo, concurría a la elección. Como en todas partes dominan las pasiones y deterioran las más bellas instituciones, falseando los más virtuosos caracteres, a medida que se aumentó el poder papal, se intentó extenderlo más, y de las rivalidades humanas surgieron grandes desórdenes. En la Roma pagana habían estallado turbulencias semejantes en la elección de los tribunos: de los dos Gracos, el uno fué arrojado al Tiber; el otro muerto a puñaladas por un esclavo en un bosque consagrado a las Furias. El nombramiento del papa Dámaso en 366, ocasionó una riña sangrienta, de resultas de la cual murieron ciento treinta y siete personas en la Basílica Siciniana, hoy Santa María la Mayor.

San Gregorio fué elegido papa por el clero, el Senado y el pueblo romano. Todo cristiano podía obtener la tiara. León IV fué promovido al soberano pontificado el 12 de abril de 847 para defender a Roma contra los sarracenos, y su ordenación fué diferida hasta que hubiera dado pruebas de su valor. Otro tanto sucedía a los demás obispos. Simplicio subió a la silla de Bourges siendo lego. En la actualidad, aunque generalmente se ignora, la elección del cónclave podría recaer en un lego, a pesar de ser casado. En este caso, su mujer entraría

en un convento, y él recibiría con el papado todas las órdenes eclesiásticas.

Los emperadores griegos y latinos trataron de oprimir la libertad de la elección papal popular, la usurparon algunas veces, y exigieron otras que esta elección fuera al menos confirmada por ellos. Un decreto de Luis el Bondadoso restituyó su libertad primitiva a la elección de los obispos, que se verificó, según un tratado del mismo tiempo, por el consentimiento unánime del clero y del pueblo.

Los inconvenientes de una elección proclamada por las masas populares, o dictada por los emperadores, obligaron a modificar la ley. Había en Roma sacerdotes y diáconos llamados cardenales, y el papa Nicolás II, en un concilio que se celebró en Roma en 1059, hizo decretar que los cardenales serían los únicos electores del papa, y que el pueblo y el clero ratificarían su elección. Ciento veinte años más tarde el concilio de Letrán destruyó la formalidad de la ratificación por el clero y por el pueblo, declarando válida la elección obtenida por una mayoría de las dos terceras partes de los votos de la asamblea de cardenales.

Pero como el canon del concilio no fijaba la duración ni la forma de este colegio electoral, ocurrió que la discordia se introdujo en los electores, sin que en la nueva modificación de la ley hubiera ningún medio de hacerla cesar. En 1268, después de la muerte de Clemente IV, los cardenales reunidos en Viterbo no pudieron entenderse, y la Santa Sede estuvo vacante por espacio de dos años. El podestá y el pueblo se vieron obligados a encerrar a los cardenales en su palacio, y hasta se dice que a tapiar sus ventanas, para obligar a los electores a convenir en una elección. Del escrutinio salió, al fin, elegido Gregorio X, quien, para remediar en lo sucesivo tal inconveniente, estableció el cónclave, *Cum Clave* (bajo llave), y arregló las disposiciones interiores de este organismo, tales como existen hoy, con pequeña diferencia: celdas separadas para cada cardenal, cámara común para el escrutinio y tapiadas las ventanas exteriores, desde una de las cuales se proclama la elección, demoliendo la pared que la cubre. El concilio celebrado en Lyon en 1274 confirma y mejora estas disposiciones. Un artículo de este reglamento ha caído, no obstante, en desuso: aquel en que se disponía que si después de tres días de encierro no se hubiera hecho la elección del papa,

durante los cinco días siguientes los cardenales no tendrán en su comida más que un solo plato, y, pasado este plazo, sólo pan y agua, hasta la elección del soberano pontífice.

Hoy no es limitada la duración del cónclave, ni se castiga con la dieta a los cardenales como a niños penitenciados. Su comida se la llevan de fuera, colocada en bandejas, que conducen lacayos con librea. Cuando la comida llega al cónclave, se registra la pechuga de los pollos, se escudriñan los pasteles, se parten las naranjas, y se destapan las botellas, por temor de que se oculte algún papa en cualquiera de estas cosas. Si la comida es suntuosa, el hambriento que la ve pasar la compara con la suya, y murmura. Si la comida es miserable, por otra debilidad de la naturaleza, el indigente se burla de ella y desprecia la púrpura cardenalicia. Se haría bien en abolir este uso, que no es ya de la época; el cristianismo se ha remontado a su origen, volviendo al tiempo de la cena y de los peces, y sólo el luto debe presidir hoy tales festines.

En los tiempos en que algunos soberanos dictaban órdenes al Sacro Colegio, Felipe II hacía introducir en el cónclave algunos billetes de este tenor: *S. M. no quiere que N. sea papa; S. M. quiere que lo sea N.* Después de esta época, las intrigas de los cónclaves no son otra cosa que agitaciones sin resultados generales. Perron y de Ossat obtuvieron, no obstante, la reconciliación de Enrique IV con la Santa Sede, que fué un gran acontecimiento. Las *embajadas* de Perron son bastante inferiores a las *Cartas* de Ossat. Antes que ellos, Bellay había estado a punto de impedir el cisma de Enrique VIII. Habiendo obtenido de este tirano, antes de su separación de la Iglesia, que se sometiera al juicio de la Santa Sede, llegó a Roma en el momento en que iba a pronunciarse la condenación del monarca. Pidió y obtuvo un plazo para enviar un hombre de confianza a Inglaterra; pero, a causa de los malos caminos, se retardó la contestación. Los partidarios de Carlos V hicieron pronunciar la sentencia dos días antes de la llegada del portador de los poderes de Enrique VIII. El retardo de un correo hizo a Inglaterra protestante y cambió la faz política de Europa. Los destinos del mundo no dependen de causas más poderosas. Una copa demasiado grande

vaciada en Babilonia fué causa de la muerte de Alejandro.

El presidente de Broses refiere la muerte de Clemente XII, de que fué testigo, y la elección de Benito XIV, como yo he visto al pontífice León XII, exánime sobre su lecho abandonado; según costumbre, el cardenal camarlengo dió dos o tres golpes en la frente con un martillo a Clemente XII, llamándole por su nombre de *Lorenzo Corsini*: «No respondió nada — dice de Broses»; y prosigue: *Ved aquí en lo que consiste que vuestra hija esté muda.* Y ved aquí, digo yo, cómo se trataban en aquella época las cosas más graves: un papa muerto, en cuya cabeza se dan golpes como en la puerta del entendimiento, llamando al hombre exánime y mudo por su nombre, no podía, a mi parecer, inspirar a cualquiera que presenciara este acto otra cosa que una burla, aunque esta burla fuera tomada de Molière. ¿Qué habría dicho el ligero magistrado de Dijón si Clemente XII le hubiese respondido desde las profundidades de la eternidad: «¿Qué quieres?»

El presidente de Broses envía a su amigo el abate Courtois una lista de los cardenales del cónclave, con algunas palabras en su elogio:

Guadaqui, santurrón, camandulero, sin talento y sin gusto; un pobre fraile. Aquaviva de Aragón, figura noble y un poco crasa; el talento como la figura.

Ottoboni, sin costumbres, desacreditado, disipador, arruinado, aficionado a las artes.

Alberoni, fogoso, inquieto, desconsiderado, sin costumbres, sin decencia y sin juicio: según él, un cardenal es un... vestido encarnado.

La lista continúa del mismo modo: el cinismo es todo su ingenio.

Una bufonada singular ocurrió después de la muerte del papa Clemente XII. De Broses fué a comer con unos ingleses a la puerta de San Pancracio, y representaron una parodia de la elección de un papa; sir Ashewd se quitó su peluca, figuró al cardenal decano; cantaron el *Oremus*, y el cardenal Alberoni resultó elegido en el escrutinio de esta orgía. Los soldados protestantes del ejército del condestable de Borbón eligieron papa en la iglesia de San Pedro a Martín Lutero. Los ingleses, que son hoy la llaga y la Providencia de Roma, respetan el culto católico, que les permite levantar

un púlpito fuera de la puerta del Pópulo. El gobierno y las costumbres no sufrirían hoy semejante escándalo.

Tan pronto como un cardenal queda prisionero en el cónclave, lo primero que hace es ponerse él y sus criados a horadar durante la obscuridad las paredes de su celda, recién construídas, hasta que hacen un agujerito, por medio del cual se envían avisos durante la noche de dentro afuera y de afuera a dentro. Por lo demás, el cardenal de Retz, cuya opinión es digna de crédito, después de haber hablado de las miserias del cónclave de que formó parte, termina su relación con estas hermosas palabras:

«Se vivió allí (en el cónclave) siempre en común, con el mismo respeto y la misma cortesía que se guarda en los gabinetes de los monarcas; con la misma política que se usaba en la corte de Enrique III; con la misma familiaridad que se ve en los colegios; con la misma modestia que se nota en los noviciados, y con la misma caridad, en apariencia al menos, que podría haber entre dos hermanos perfectamente unidos.»

Al concluir el epítome de una inmensa historia, me sorprende la manera grave con que comienza y la manera casi burlona con que termina; la grandeza del hijo de Dios abre la escena, y achicándose por grados a medida que la religión católica se va separando de su origen, termina en la pequeñez del hijo de Adán. La elevación primitiva de la cruz apenas se encuentra más que en la muerte del soberano pontífice, ese papa, sin familia, sin amigos, y cuyo cadáver se deja sobre su lecho, demuestra que el hombre no era tenido en nada en la capital del mundo evangélico. Como príncipe temporal, se hacen al papa difunto honores fúnebres; como hombre, se abandona su cuerpo y se arroja a la puerta de la iglesia en que en otro tiempo hacía penitencia el pecador.

#### DESPACHOS AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma, 17 de febrero de 1829.

»Señor conde: No sé si el rey tendrá a bien enviar un embajador extraordinario a Roma, o acreditarme cerca del Sacro Colegio. Para este último caso, tengo el honor de comunicarle que yo libré al señor duque de Laval, en 1823, para los

gastos extraordinarios del servicio en semejantes circunstancias, una suma de cuarenta a cincuenta mil francos, próximamente, si mal no recuerdo. El conde de Appony, embajador de Austria, recibió, desde luego, de su gobierno una suma de treinta y seis mil francos para las primeras atenciones, y un aumento de siete mil doscientos francos por mes sobre su sueldo durante la permanencia del cónclave, y para los gastos de regalos, cancillería, etc., diez mil francos. Yo no tengo, señor conde, la pretensión de luchar en magnificencia con el embajador de Austria, como lo hizo el duque de Laval; no alquilaré ni caballos, ni carruajes, ni libreas para deslumbrar al populacho de Roma: el rey de Francia es bastante poderoso para pagar la pompa de sus embajadores, si se desea que la haya; pero la magnificencia prestada es verdadera miseria. Yo iré, pues, modestamente al cónclave con mis dependientes y carruajes ordinarios. Falta sólo saber si S. M. creará que, ínterin dure el cónclave, me verá obligado a hacer gastos de representación a que no puede bastar mi sueldo. Yo no pido nada; no hago más que someter una cuestión al juicio de usted y a la decisión real.

»Tengo el honor, etc.»

«Roma, 19 de febrero de 1829.

»Señor conde: Ayer tuve el honor de ser presentado al Sacro Colegio, y pronunciar el pequeño discurso de que le envié copia con anticipación en mi despacho número 17, expedido el martes 17 del corriente por un correo extraordinario. He sido escuchado con muestras de satisfacción, y el cardenal decano, el venerable Della Somaglia, me contestó en los términos más afectuosos para el rey y para Francia.

»Habiendo enviado a usted todo en mi último despacho, nada nuevo tengo que decirle, sino que el cardenal Bussi ha llegado ayer a Benevento: hoy se espera a los cardenales Albani, Macchi y Oppizzoni.

»Los miembros del Sacro Colegio se encerraron en el palacio del Quirinal en la tarde del lunes 23 del corriente. Transcurrirán diez días para aguardar a los cardenales extranjeros, después de lo cual empezarán las operaciones formales del cónclave, y, si llegaran a ponerse de acuerdo, podría quedar elegido el papa en la primera semana de cuaresma.

»Espero, señor conde, las órdenes del rey. Supongo que me habrá enviado usted un correo después de la llegada del señor de Montebello a París. Me urge recibir, o el anuncio de un embajador extraordinario, o mis nuevas credenciales, con las instrucciones del gobierno.

»¿Vendrán los cinco cardenales franceses? Políticamente hablando, su presencia aquí es innecesaria. He escrito al cardenal monseñor de Latil ofreciéndole mis servicios en el caso de que se decidiera a venir.

»Tengo el honor, etc.

»P. D. Adjunta remito copia de una carta que me ha enviado el conde de Funchal. No he contestado por escrito a dicho embajador, y únicamente he ido a conferenciar con él.»

CARTAS A LA SEÑORA DE RECAMIER. — MIS DESPACHOS AL CONDE DE PORTALIS. — EL MARQUÉS CAPPONI.

«Roma, lunes 23 de febrero de 1829.

»Ayer terminaron las exequias del papa. La pirámide de *papel* y los cuatro candelabros eran bastante hermosos, porque eran de inmensas proporciones y llegaban a la cornisa de la iglesia. El último *Dies iræ* fué admirable. Es composición de un hombre ignorado que pertenece a la capilla del papa y que me parece tener un genio de especie diferente al de Rossini. Hoy hemos pasado de la tristeza a la alegría, cantando el *Veni Creator* para la apertura del cónclave; después iremos a ver todas las tardes si se han quemado los escrutinios y si sale humo de cierta estufa: el día en que no salga humo, el papa habrá sido elegido, e iré a buscar a usted: ahí tiene toda la esencia de mi asunto. El discurso del rey de Inglaterra es muy insolente para Francia. ¡Qué deplorable expedición ha sido la de Morea! ¿Se principia ya a conocerlo? El general Guilleminot me ha escrito una carta sobre este asunto, que me ha hecho reír: no ha podido escribirme de esa manera sino en la persuasión de que voy a ser ministro.»

«25 de febrero.

»La muerte reina aquí: Torlonia marchó ayer tarde, después de dos días de enfermedad: le vi muy barnizado, sobre su lecho mortuario, con la espada al lado.

Prestaba sobre prendas, ¡pero qué prendas!; antigüedades, cuadros encerrados confusamente en un antiguo palacio lleno de polvo. No es ése el almacén donde el avaro guardaba un *laúd de Bolonia provisto de todas sus cuerdas o poco menos, la piel de un lagarto de tres pies y su cama de cuatro pies con bandas de punto de Hungría.*

»Sólo se ven difuntos a quienes pasean vestidos por las calles: regularmente pasa uno por bajo de mis ventanas, cuando nos ponemos a comer a la mesa. Por otra parte, todo anuncia la separación de la primavera: la gente empieza a dispersarse; marchando a Nápoles, de donde volverá por un momento para Semana Santa, después se separará para siempre. El año próximo vendrán otros viajeros, otros semblantes, otra sociedad. Hay algo de triste en ese paso sobre ruinas: los romanos son como los escombros de su ciudad: el mundo pasa a sus pies. Me figuro a esas personas volviendo al seno de sus familias, en los diferentes países de Europa, a esas jóvenes *misses* regresando entre sus nieblas. Si por casualidad dentro de treinta años alguna de ellas vuelve a Italia, ¿quién recordará haberla visto en los palacios, cuyos dueños ya no existirán? San Pedro y el Coliseo; eso es cuanto ella misma podría reconocer.»

AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma, 3 de marzo de 1829.

»Señor conde: Habiendo llegado mi primer correo a Lyon el 14 del mes pasado, a las nueve de la noche, habré podido enterarse el 15 por la mañana, por el telégrafo, de la muerte del papa. Nos hallamos hoy a 3 de marzo, y me encuentro aún sin instrucciones y sin respuesta oficial. Los periódicos han anunciado la marcha de dos o tres cardenales. He escrito a París al cardenal de Latil, poniendo a su disposición el palacio de la embajada, y le vuelvo a escribir todavía a diferentes lugares de su camino para renovarle mis ofrecimientos.

»Siento verme obligado a decirle, señor conde, que noto aquí algunas pequeñas intrigas para alejar a nuestros cardenales de la embajada, y alojarlos en donde puedan estar más al alcance de las influencias que se espera ejercer sobre ellos.

A la señora Recamier.

«Roma, 3 de marzo de 1829.

»Me sorprende usted con la historia de mi excavación: no recordaba haberle escrito nada tan bueno sobre el particular. Estoy, como lo presume usted, sumamente ocupado: encontrándome sin dirección ni instrucciones, me veo obligado a hacer todo por mí mismo. Creo, no obstante, que puedo prometerme un papa moderado e ilustrado. Quiera Dios que sea nombrado al terminar la interinidad del ministerio del señor de Portalis.»

«4 de marzo.

»Ayer, miércoles de ceniza, me encontraba solo de rodillas en la iglesia de *Santa Croce*, que descansa sobre las murallas de Roma cerca de la puerta de Nápoles. Escuchaba el cántico monótono y lúgubre de los religiosos en el interior de aquella sociedad, y hubiera deseado también estar cubierto de un saco y cantar entre aquellas ruinas. ¡Qué sitio para dejar en paz la ambición y contemplar las vanidades de la tierra! No le hablo de mi salud, porque esto es sumamente fastidioso. Mientras que yo padezco, me dicen que el señor de la Ferronnays se cura, que hace excursiones a caballo, y que su convalecencia pasa en el país por un milagro: quiera Dios que así sea y vuelva a tomar la cartera acabando la interinidad. ¡Cuántas cuestiones cortaría esto para mí!

AL CONDE DE PORTALIS

«15 de marzo de 1829.

»Señor conde: he tenido el honor de comunicarle la llegada sucesiva de los cardenales franceses. Tres de ellos, monseñores de Latil, de la Fare y de Croy me han hecho el honor de apearse en mi casa. El primero entró en cónclave el jueves 12, por la tarde, con el señor cardenal Isoard: los otros dos se encerraron en la tarde del 13.

»Les he participado todo cuanto sabía y comunicándoles notas importantes sobre la minoría y la mayoría del cónclave y sobre los sentimientos de que se hallan animados los diferentes partidos. Hemos acordado que apoyarían a los can-

»Por lo que a mí concierne, eso me es del todo indiferente: yo haré a los cardenales todos los servicios que estén en mi mano. Si me preguntan sobre cosas que es bueno conocer, les diré lo que sepa; si usted me transmite para ellos órdenes del rey, se las comunicaré; pero si llegaran aquí en un espíritu hostil a las miras del gobierno de S. M.; si se trasluce que no caminan de acuerdo con el embajador del rey; si tuvieran un lenguaje contrario al mío; si llegaran a dar sus votos en el cónclave a algún hombre exagerado; si estuvieran divididos entre sí, no habría cosa más funesta. Más valdría para el servicio del rey que yo presentara mi dimisión inmediatamente, que ofrecer ese espectáculo público de nuestras discordias. Austria y España tienen, con respecto a su clero, una conducta que no deja campo a la intriga. Todo eclesiástico, cardenal u obispo, austriaco o español, no puede tener otro agente ni corresponsal en Roma que el embajador mismo de su nación; éste tiene el derecho de hacer salir de Roma a todo eclesiástico de su patria que le suscitase obstáculos.

»Espero, señor conde, que no habrá ninguna división; que los cardenales tendrán la orden formal de someterse a las instrucciones que no tardaré en recibir de usted; que sabré cuál de ellos será el designado para ejercer la exclusión, en caso necesario, y quiénes los comprendidos en esa exclusión.

»Es muy conveniente estar sobre aviso: los últimos escrutinios han anunciado el renacimiento de un partido. Este partido, que ha dado de veinte a veintidós votos a los cardenales de la Marmora y Pédicini, constituye lo que se llama la facción de Cerdeña. Los otros cardenales, asustados, quieren dar todos sus sufragios a Oppizzoni, hombre enérgico al par que moderado. Aunque austriaco, es decir, milanés, se ha tenido firme con Austria en Bolonia. Esta sería una elección excelente. Los votos de los cardenales franceses podrían, fijándose en uno de los candidatos, decidir la elección. Con razón o sin ella se cree a esos cardenales enemigos del sistema actual del gobierno del rey, y la facción de Cerdeña cuenta con ellos.

»Tengo el honor, etc.»